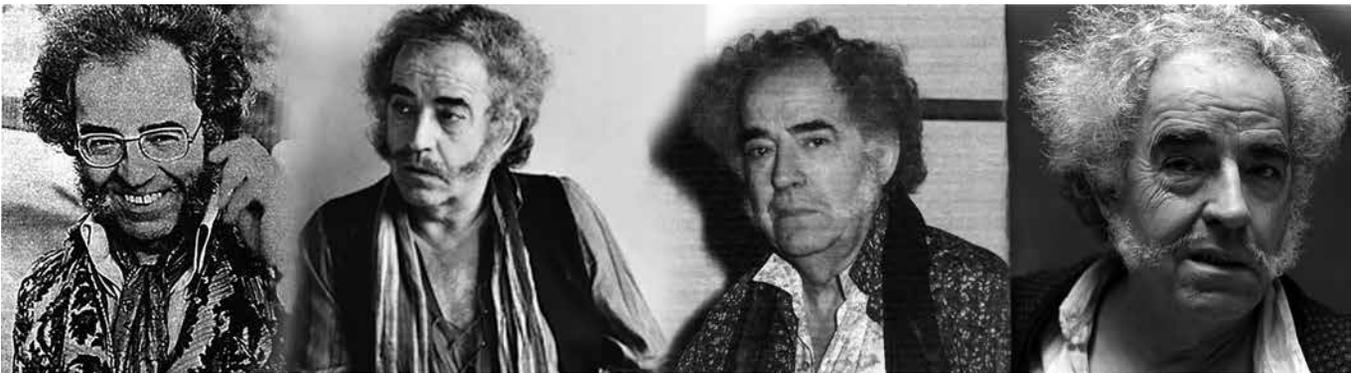


La vida en estampas de AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Juan Bonilla



«Debo reconocer que tres o cuatro veces he intentado escribir una novela a lo largo de mi vida», dice Agustín García Calvo en *Cosas que hace uno*, intervención que hace las veces de autobiografía intelectual, pronunciada en la Fundación Juan March en un ciclo en que se invitaba a lo más notable de nuestro panorama cultural a hacer memoria y repaso de sus labores. En aquella ocasión, para resumir —y reasumir— lo realizado a lo largo de sus muchos años de andanzas por los caminos del Señor, combatiendo la realidad quijotesca, empeñado en demostrar que la realidad estaba construida con falsificaciones que no pretendían otra cosa que alejarnos de la vida, vampirizarnos hasta el tiempo libre del ocio, someternos vendiéndonos la certeza de que somos individuos no sometidos, Agustín García Calvo se ayudó de un árbol en el que cada una las ramas colgaba una palabra que se correspondía con una de las disciplinas que había practicado. Allí estaban Poesía, Teatro, Lingüística, Política, Enseñanza y también ficción.

La poesía era la primera de las ramas, y que no fuera la única es causa, quizá, de que su figura gigantesca no se tase como merece, pues lo cierto es que, después de la revuelta estudiantil del 65 («la alegría más grande de mi vida, todavía estoy viviendo de lo que pasó entonces» llegó a declarar en esa misma ocasión) y su deposición como catedrático

por apoyar y animar a los estudiantes, y su exilio en París, García Calvo se convirtió en un personaje: un personaje que empezó a publicar libros con su nombre, contra lo que había hecho hasta los años setenta, esto es, firmar con su nombre solo los textos científicos —pues era una eminencia como latinista y filólogo, a él se debe que la pieza más conocida de Fray Luis de León regresara a su composición original contra la salteada versión inexplicable que todos aprendimos en la escuela, a él se debe también la edición de los harapos que nos han llegado del libro de Heráclito, que tradujo como *Razón Común*— y refugiarse en una fantasmal «Comuna Antinacionalista Zamorana» para publicar panfletos que dada la riqueza de su prosa y lo alambicado de su sintaxis eran bastante menos incendiarios de lo que se proponían. De su primer poema grande, *Sermón de ser y no ser*, se hicieron en menos de una década cinco ediciones. Compiló sus estudios lingüísticos en *Lalia*. Reunió en un volumen las *Cartas de negocios de José Requejo*, libro delicioso que mantiene su buena forma y en una de cuyas cartas el tal José Requejo, lanzándoles una perorata a unos obreros, grita un Muera la muerte y trata de demostrar que la muerte no es lo común en la naturaleza, y se atreve a definir al hombre como un caso entre las cosas. Juntó *Canciones y soliloquios* en un volumen, en otro sus canciones ferroviarias, y tramó un ensayo sobre los números —cau-

sa de todos nuestros males— y otro sobre el lenguaje que no era más que la primera pieza de una «Teoría de la Lengua» que habría de tenerlo ocupado toda la vida y que cobró forma de diálogo en el que tres amigos van edificando el misterio del lenguaje analizando la gramática, la lógica, la semántica, convencidos de que es la lengua lo único que no es de nadie y es de todos, el único lugar desde donde acaso es posible demostrar la falsificación que constituye ese almacén de conceptos que es la Realidad.

Pero por muchos seguidores que tuviera —y se debían contar por cientos a finales de los setenta y principios de los ochenta— se le leía bastante menos de lo que se le escuchaba. Todavía hay quien lo moteja de filósofo ácrata, incluso discípulos cercanos que acudían con él a cada intervención, lo que demuestra que no solo no leían lo que escribía sino que tampoco escuchaban lo que decía, pues lo cierto es que varias veces se negó Agustín García Calvo a reconocerse como ácrata, dado que ácrata significa estar en contra de cosas entre las que estaba ser ácrata, por lo que malamente iba a ser él algo que no se podía ser. Su apariencia, sus vestimentas, sus intervenciones públicas, ayudaron a que el formidable personaje se volviese caricatura y la potencia de su discurso, la verdad que encerraban sus textos, perdiese toda capacidad de convencimiento o mereciesen algún tipo de discusión.

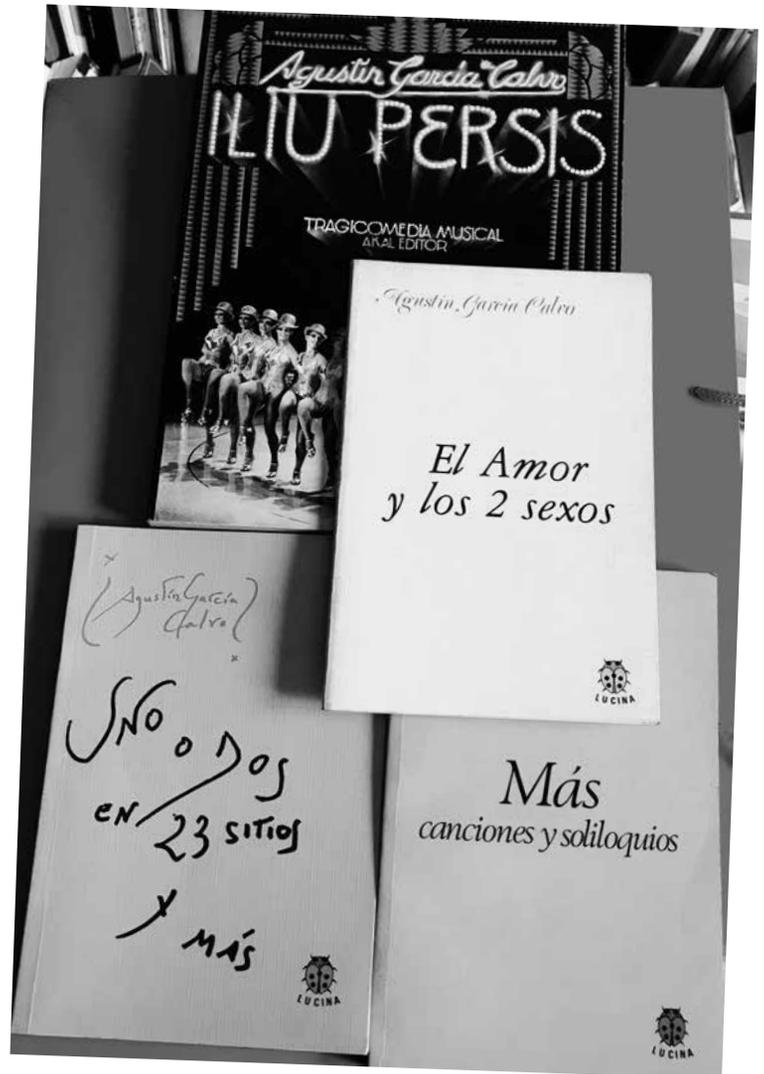
En sus años finales, además de someterse a un estudio de la Física, contra la que también escribió un libro, fue recopilando artículos en distintos volúmenes y cedió a la tentación de escribir ficciones que llenaron varios tomos de color rosa en la casa editorial que fundó en 1979 para no tener que andar con tratos comerciales con editores. La casa se llamó y se llama Lucina. En los tomos de color verde salían sus producciones poéticas, en los tomos de color crema sus producciones científicas, en los tomos de color azul sus colaboraciones periodísticas, en los tomos de color rosa sus ficciones. Hay un tomo de color negro: es su libro de teología. Las ficciones de García Calvo, que reconocía no soportar la novela, que detestaba la figura del narrador, ese entrometido que parece saber todo lo que pasa dentro de los personajes, eran siempre diálogos, y la verdad es que por esfuerzos que hiciera para erigir sus historias con el habla de los concurrentes, el habla estaba tan contaminada de literatura que apenas podían ocultar que en su construcción habían tanto artificio o más que si se hubiera decantado por dejar hablar a un narrador. Otras piezas son monólogos, siempre, o casi siempre,

tienen al misterio de la mujer como protagonista (le gustaba reconocer que no leía más ficción que las que producían unas cuantas damas británicas o norteamericanas y que sentía mucha más emoción e interés en las primeras partes de las obras, en el planteamiento y presentación de personajes, que luego, cuando los misterios tienen que resolverse, el nudo desanudarse, precipitar las conclusiones).

Entre esos tomos de color rosa hay uno, sin embargo, publicado en 2002, que recopila una serie de colaboraciones periodísticas que fueron semanalmente viendo la luz en un diario y que, me parece, componen su obra maestra, su libro más emocionante, su gran narración. Se trata de *Registro de Recuerdos*, título poco encantador al que quiso definir con un subtítulo: *Contranovela*. Entre las causas de que Agustín García Calvo despreciara la novela como género pesaba su posición hegemónica en el mercado, o sea, solo era dinero, el nombre verdadero del Dios del Régimen que padecíamos y contra el que él luchaba, pero es pobre argumento por sí solo, más parecía una excusa para disfrazar una impotencia. En cualquier caso, el subtítulo de *Contranovela*, le venía bien al libro, pues la novela como género ofrece una flexibilidad que, más allá de la bobada de Cela según la cual novela es todo aquello que el autor diga que es una novela —de donde la Guía Telefónica de Zagreb podría pasar por novela si sus esforzados redactores se conjuraran para hacerla caer en los límites del género—, consiente que se consideren como tales experimentos narrativos tan salidos de madre como *La amante de Wittgenstein* de David Markson o los fatigosos listados de recuerdos de Joe Brainard.

García Calvo, que aún viviría once años más tras la publicación de *Registro de Recuerdos*, decide dejarse llevar por el azar —que siempre oponía a las reglas, como paso intermedio para convocar el misterio, es decir, aquello de lo que nada sabemos, nada sabremos, y a lo que apenas podemos asomarnos mediante la poesía cuando consigues herirnos— y dejar que la memoria, sin orden ni concierto, pues la cronología es otra falsificación, todo el pasado está apelotonado en el presente sin que entre ahora y ayer nos separe más distancia de la que nos separa de un día de la infancia, convoca escenas, no solo de su propia vida, también de las vidas de otros, en la que va, si no poniendo en limpio su experiencia, recordándose, sucesión de extraños que solo parecen tener en común haberse dejado habitar por un Yo, que es el que ahora los convoca. De ahí que el libro tenga algo de relato de fantasmas. Podría alguien, acaso, alguna vez, hacer una edición pervir-

tiéndole el orden que el azar quiso darle y colocando las estampas que lo conforman atendiendo a la cronología: el resultado quizá se nos apareciera más peinado, más ortodoxo como autobiografía, pero tampoco cambiaría mucho. Agustín García Calvo recuerda al niño que, sin saber qué le empujaba, escapa de las horas de colegio cuando lo dejaban en la puerta para entrar, y se iba con su cartera a un parque donde se dejaba mecer por la conversación de los árboles, hecha de pájaros, y, como si fuera dueño de la medida del tiempo, después de estar tan a solas triturando las horas, sabía cuándo correr de nuevo a la puerta del colegio pues la mañana ya se había pasado y era la hora de que fuesen a recogerlo. Y recuerda a un amigo del que todos cuchicheaban porque le habían matado al padre por rojo, y recuerda las discusiones con su madre sobre si había Dios o no —recuérdese su texto sobre la imposibilidad de ser ateo en el volumen *Lalia*, y recuérdese, menos sabido, que durante años García Calvo enviaba a sus amigos villancicos maravillosos para felicitar las navidades, y recuérdese ese poema impresionante en el que el poeta le pide a Jesús que tire la cruz, que no haga lo que está mandado, que nos libere así, arrojando al suelo la cruz y siguiendo su camino—. También recuerda a su padre, Joaquín García Gallego, personaje al que dedicó una larga endecha, *Relato de amor*, y en cuya biblioteca bebió García Calvo los libros que serían esenciales para su formación, entre los que destacan dos nombres a los que siempre les guardaría la más indestructible fidelidad: Antonio Machado y, sobre todo, Miguel de Unamuno. También París, y su tertulia de exiliados, tiene sitio en este libro, como lo tienen aquellos días mágicos de 1965 en el que los estudiantes se revolviéron contra el sistema, contra el Régimen tecnocrático, en un episodio que, quizá, en el deseo y las ilusiones de García Calvo tienen un alcance épico bastante más fraguado de lo que fue en la realidad, pues en esas revueltas, ecos de otras que se habían producido en distintas partes del mundo y adelanto de las del 68 en París, el ya no tan joven catedrático quiso apreciar un cambio de rumbo, una toma de conciencia, un ímpetu que, como se vería más tarde, fue fácilmente domesticado por el mismo Régimen de Estado y Capital contra el que parecían alzarse. En la reciente *Tercer Acto* de Félix de Azúa, uno de los jóvenes que formó la congregación de seguidores de Agustín García Calvo, comparece este disimulado con un pseudónimo —cosa que no se entiende apenas, pues Ernst Jünger aparece como Ernst Jünger, así que parece que no tiene demasiado sentido que Gar-



cía Calvo aparezca con otro nombre. Aparte de ese detalle, Azúa le hace justicia al autor zamorano, reconociéndolo como auténtico sabio, sin dejar por ello de aprovechar para arrancarnos alguna risa con una estampas en las que se ve que la desolación en la que cabalgaba Agustín García Calvo podía acentuarse por el paisanaje que le rodeaba. García Calvo, es bien sabido, tuvo como discípulos a quienes más tarde, al dejarlo atrás, descollaron en disciplinas muy distintas: Savater, Azúa, Gómez Pin, Jacobo Cortines, González Troyano. Savater, de hecho, dejó escrito en su autobiografía razonada, *Mira por donde*, que García Calvo fue tan esencial para él como después lo sería Cioran. «Para mí fue tan importante su magisterio como lo sería más tarde alejarme de él».

Presentado a menudo como un Sócrates que no tuvo más remedio que ser su propio Platón, en *Registro de Recuerdos* se van dando la mano excursiones amorosas al bos-

que con noticias fatídicas y sueños en los que la Realidad pierde algunos asaltos, estampas de una adolescencia, como todas, agujereada por las preguntas y los deseos, con deliciosas descripciones de cromatismo memorable. El enlace de estampas abole el tiempo, decapita el Yo, reduce una vida a cabalgata de impresiones que al ser estampadas en esa prosa, en realidad, está agrandando la vida que se fue y que sin embargo no pudo irse del todo porque el milagro de las palabras consiguió agarrar algo de ella. Lo que pone en pie cada una de las estampas que componen el libro es la evidencia de que, por mucho que recelara de los estilos particulares, de las voces personales, de las marcas de autor, pocos autores tan personales y reconocibles como el propio García Calvo. Ni siquiera es pertinente salvar ese escollo con su declaración de que, al estar constituido inevitablemente como individuo, no tenía más remedio que vivir en la contradicción, luchar contra ella. Más allá de que cayera en la contradicción de defender que solo la poesía popular podía de veras ser poesía, por mucho que la poesía literaria a veces, olvidándose de la literatura, casi equivocándose, podía alcanzar alguna rara vez el mérito de ser poesía popular, es decir, aquella que pierde el nombre de quien la compuso y pertenece a todos, está fuera de discusión que los textos, las traducciones, los poemas de Agustín García Calvo no conseguían, para bien nuestro, quitarse las marcas de identidad de García Calvo. Y digo para bien nuestro porque pocas prosas se habrán escrito en español tan rotundas y ricas como la de Agustín García Calvo, llena de detalles precisos, de olores y sabores: una de esas prosas que dan la impresión de que son capaces de describirlo todo con exactitud y belleza, por complicado que sea pintar un paisaje o un estado de ánimo. A menudo la prosa de García Calvo en *Registro de Recuerdos* nos abisma en la pura sinestesia: una estampa de infancia nos nubla el paladar de amargura, el desconsuelo nos llena los ojos de colores tenebrosos, en los colores con que enérgicamente se pintan los paisajes que se deslizan por el cristal de una ventana de tren oímos la voz clara de una felicidad pequeña y entusiasmada que quisiera agarrarse a los bordes del tiempo a sabiendas de que no podrá y está condenada a despeñarse en el abismo.

La prosa de Agustín García Calvo, su literatura, su estilo portentoso —por mucho que él mismo despreciara estas asignaciones— fabrican un monumento íntimo que, no por estar protagonizado por una sucesión de criaturas que acaban dando en el hombre que sabe que pronto pondrá el pie en el estribo y quiere agarrar algunos momentos en esas estampas, dejan de poner ante nosotros un excepcional es-

pejo. De su abundantísima obra, es acaso el libro que mejor acapara su radiante talento de escritor. En otros libros, inevitables para medir su estatura como pensador, prestos a ser discutidos —aunque nadie se pone a discutirlos, dándolos por leídos y caducados sin haberse siquiera asomado a ellos, el molde científico en que se crio quizá lo empujaba a cierto farrago que nos lo aleja, sin dejar por ello de que nos asombre su capacidad analítica y la aplicación de la lógica en la tarea hercúlea de desvelar la falsificación de la realidad y la hermandad entre Estado y Capital para la erección de un Régimen basado en el Futuro, al que pomposamente acaso, llama «administrador de la muerte». En sus poemas, junto a piezas de largo aliento que no siempre conseguían mantener la intensidad y entre las que fue cumbre la primera que publicó, el *Sermón de ser y no ser*, brillan ya incrustadas en nuestra memoria algunas canciones musicadas por Amancio Prada o Chicho Sánchez Ferlosio. Es una pena que, dado su desprecio de la crítica literaria y el ensayo erudito, nunca se decidiese a recoger en volumen sus textos sobre Unamuno, Sade, Fray Luis, Jenofonte o Lucrecio —en el aviso en que a finales de los setenta anunciaba el plan de publicaciones de Lucina había un tomo titulado *Letras y Figuras* que nunca se publicó. Su obra, pues, es una de las más insoslayables y prodigiosas de nuestra literatura. Que su figura quede como un personaje más o menos reconocible por hechos históricos —expulsión de su cátedra de Latín por apoyar las revueltas de estudiantes— o por sus vestimentas y su cohorte de *grouppies*, es un lamentable desperdicio. Sobre todo porque, aún en el caso de que después de leer sus libros grandes y filosóficos, *Contra el Tiempo*, *De Dios*, *Qué es lo que pasa*, mareado por sus razonamientos uno no encontrara allí nada que le dijese algo importante acerca de cómo estamos hechos y cómo se nos ha enjaulado, aún en ese caso, es bastante improbable que no se aceptase que quien fue capaz de escudriñar su vida, haciendo cirugía sobre ella y transformándola en un collar de preciosas estampas como hace en *Registro de Recuerdos*, no pertenezca al club de los grandes escritores de nuestra lengua. Por decirlo con sincero afán de faja publicitaria pero sin la menor intención de caer en las exageraciones propias de ese género barato, si se perdiera el nombre de su autor —que terminó publicando sus libros encerrando su nombre entre los garfios de unas interrogaciones—, y se perdiesen también todos los otros libros de ese excepcional personaje que fue Agustín García Calvo, si de él solo nos quedara *Registro de recuerdos*, nos quedaría lo suficiente como para reconocer en ese libro una de las obras más hermosas, más hondas y emocionantes de nuestra literatura. ■ ■